

Roberto Bolaño: una pasión helada

CARLOS FRANZ*

Presenté el primer libro que Bolaño editó en Chile. Fue en 1997, en Santiago, en la Plaza del Milenio Gil -una placita chueca, medio escondida, donde usábamos nuestra bohemia sin esperanzas-. Era una tarde primaveral, un poco fría, las sillas frente a la tribuna no se llenaron. Bolaño apareció con su aire abstraído, nebuloso, como si se viniera levantando. Y así escuchó los elogios que le prodigamos, no como si no fueran para él -lo que dice casi todo escritor en estos casos- sino como si le fueran sin cuidado. El acto languidecía, los borrachos bohemios del Milenio conversaban y miran sus cervezas en la petriera. Luego, el editor, Carlos Orellana, sacó una revista vieja, medio descuadrada, y empezó a leer un poema desde el podio. De repente noté que, por primera vez en la desangelada política de ese lanzamiento, Bolaño se animaba, una sonrisa oblicua asomaba a sus labios: "no hagas eso, hombre", protestó sin corrección. Y sin embargo, era evidente que "eso" era lo mejor que el editor podía haber hecho: rescatar y leer un poema viejo, que no venía al caso, perdido en una revista discontinuada, que Bolaño había publicado cuando era un poeta desconocido, sin futuro, ni editores, ni lanzamientos. Como uno de sus personajes: un poeta salvaje y desesperado.

Creo que a Bolaño le sentaba mal la fama. Le caía pesada al hígado,



les, en suma, sino tripulantes de una astronave a la deriva en una galaxia al borde de la extinción. La astronave es la poesía -el núcleo poético y no narrativo de su estilo- y la galaxia en extinción es la literatura. La obra de Bolaño viaja por ese universo literario colapsado, amenazado por el aguijón negro de la falta de lectores. Un universo cada vez más frío, y más grave, donde el único refugio sería escribir para otros escritores (que serían los últimos lectores), y lanzar libros al vacío desde la astronave de los poetas jupiterinos, cada vez más furiosos, más seguros del fracaso y la extinción final.

Con esa ideología apocalíptica, melancólica, de la literatura en extinción, no es extraño que el fracaso y la rabia ("un deseo de quemar el mundo") hayan sido los grandes temas de Bolaño... Y el poder literario, su obsesión. El Bolaño que conocí fue un escritor con una desolada ambición de poder literario. Tan intensa que llegaba a ser ingenua (como si se hubiera creído los cuentos de guerrillas poéticas que él mismo escribió). Creía que la literatura es un sistema de poder -que también lo es- y una batalla -que también lo es- y en definitiva una mierda -todo lo que no es escribir-. "No me sumergiré nunca más en el mar de mierda de la literatura", juró el narrador, el doble de Bolaño, en Estrella Distant. Sin embargo, viene la fama y no queda más que sumergirse, hasta el hígado, hasta el cuello. Y chapotear. Supongo que por eso, casi su primer reflejo al volver a Chile, después

El Bolaño que conocí fue un escritor con una desolada ambición de poder literario. Tan intensa que llegaba a ser ingenua. Creía que la literatura es un sistema de poder -que también lo es- y una batalla -que también lo es- y en definitiva una mierda -todo lo que no es escribir-.

do, ese hígado delicadísimo que lo maldice. Se encontraba a disgusto en los podios, aun más, sospecho que se encontraba a disgusto en la literatura "real" -o sea, lo que no es la literatura: sus preseligidos de contrapunto y solapa, sus honores de carnaval, sus tardíos reconocimientos. "Me llegó tarde", me dijo al otro día, contiendo en el Vencido, mientras bebía un agüita amarga, de manzanilla, "la fama me llegó tarde". Y era como si la fama -no él- fuera una vida fea, a la que se soñó bonita cuando uno era joven, y vino a entregarse cuando ya no podríamos ni queríamos, enamorarnos. Y de allí, la anticipada desilusión, la rabia, la "extraña pasión helada", de Bolaño (como lo describe Javier Cercas, en su novela Soldados de Salamina.)

Vladimir Nabokov decía que la literatura debe hacerse, ni con el cerebro, ni con el corazón, sino que con la espina dorsal. Un buen escritor se reconoce por su cierto escalofrío que recorre la espina del lector al descubrirlo. Ese escalofrío fue lo que sentí a comienzos de los 90, cuando lei el primer libro de Bolaño que cayó en mis manos. ¿O

debiera decir que lo "escuché"? Porque su prosa es casi puro ritmo, música, entonación; el argumento apenas un pretexto para el fraseo melódico. El estilo bolanesco (¿qué mejor elogio se puede hacer de un escritor que convertir su apellido en adjetivo, se pega al oído, se cuele en la propia dicción. Ya hay autores jóvenes -y no tanto- por todo el idioma, repugnando a lo Bolaño, sacudidos por su escalofrío, chisnotados por la envidia creativa. Y descubriendo, me temo, que para escribir una prosa como esa tendrían que trasladarse a vivir a un planeta distinto, digamos Júpiter, donde hay otra gravedad, donde las palabras que en la tierra de nosotros pesan un kilo, allá pesan una tonelada...

Exagero, claro. Pero es que el planeta de la obra de Bolaño es desmesurado, exagerado, habitado por personajes macabros y a la vez, exangües, vaporizados por la lectura (en sus venas trahedidas como más tinta que sangre). En el planeta Bolaño no hay psicologías sino psicopatías, no hay clases sociales sino, sectas literarias, no hay tercio-

de 20 años, con esa pasión helada tuya, fue atacar a José Donoso. Indudablemente, si uno escribe la literatura "real" como una batalla, los escritores consagrados antes son el bando enemigo. Y lo primero es atacar al cuerno del general contrario, descabalar al monstruo del prestigio literario establecido. Tuve mi momento de ingenuidad (¿quién me manda a mí a defender a Donoso, que debiera defenderse solo y le contesté. Un conveñiente de los que abundan en la plaza chueca de la literatura chilena vino a decirme que Bolaño decía "Franz me traicionó"). Y como soy leso, en vez de ridículo de su descubrimiento belicista, me piqué y quedamos distanciados. Con lo que él vino a tener razón: la literatura puede ser una guerra (lo que sinceramente es una mierda). Todo esto ya no importa nada. Importa su obra y que escriba como los dioses. Como un dios maravillándose el dedo en el planeta Júpiter. Y que ahora esté enfrentándose a ese "japones luchador de sumo"; que eso dijo una vez que era la muerte para él.

Roberto Bolaño: una pasión helada [artículo] Carlos Franz.

Libros y documentos

AUTORÍA

Franz, Carlos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Roberto Bolaño: una pasión helada [artículo] Carlos Franz. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile